



El testimonio de Brito Foucher, citado en este artículo de 1931, es el de un viaje a un territorio fuera de la ley, en el que se ejercían condiciones de trabajo insólitas, un asomo a la pesadilla sin retorno de los que eran llevados a trabajar hasta los últimos campamentos madereros de la selva de Chiapas y no tenían ni siquiera la esperanza del regreso. Ese mundo sombrío de la explotación brutal de la fuerza de trabajo fue retratado en esos años por la prosa incisiva de Bruno Traven, en *La rebelión de los colgados*, *La troza*, *La carreta* y otras novelas, o en el relato de *El general Tierra y Libertad*, en donde Traven imagina una tardía rebelión zapatista, nada menos que en la misma Selva Lacandona, cuando todavía era un desierto y cuando nadie imaginaba que recibiría nuevas poblaciones de las antiguas comunidades indias que habitaban sus contornos. En 1930 era impensable que la selva –prisión y cementerio de los que eran esclavizados en sus parajes–, sería un sueño de libertad para los que allí llegaron desde los cincuenta, una fuente de conflictos agrarios en los setenta y, quien lo dijera, cuna de una rebelión de los colonos indígenas en los noventa, inspirada en Zapata, tal y como Traven la había imaginado tiempo atrás.

El viaje a los campamentos de corte de madera, al corazón de la selva de Chiapas a principios de los años treinta, era un retorno al pasado, al espacio que se había quedado detenido en el tiempo desde que el régimen de Porfirio Díaz ayudara a recrear, en aras de una modernización y de un proyecto capitalista sin precedentes, mundos aislados en donde la esclavitud volvía por sus fueros: Valle Nacional, Yucatán y las *monterías* madereras de Chiapas configuraron un nuevo infierno, tal vez peor que el de todas las esclavitudes anteriores. En 1934, el candidato oficial a la presidencia, Lázaro Cárdenas, integraría a los expedientes de su campaña varios aspectos del atraso laboral de Chiapas, de sus regiones aisladas en donde las inversiones de capital representaban toda una modernidad, aunque basada en el aislamiento, la esclavitud por deudas y el peonaje ancestral. Así que la revolución apenas penetraría este mundo, desintegrándolo paulatinamente, sólo a partir de 1938, cuando se oficializaron los sindicatos del Soconusco y cuando se dio una mayor intervención estatal en las relaciones de trabajo de la selva. El aislamiento se rompió muy lentamente, y aún no se logra del todo integrar la selva a una modernidad que tiene nuevos ritmos y respiraciones. El reclamo de Brito, y de otros en su tiempo porque se cumplan las leyes laborales y las libertades ciudadanas, constituye todavía –en algunos territorios–, una tarea pendiente.

Antonio García de León*

* Historiador y lingüista. Sus libros más recientes son *Fronteras interiores. Chiapas, una modernidad particular*, Océano, 2002, y *El mar de los deseos. El Caribe hispanomusical. Historia y contrapunto*, Siglo XXI Editores, 2002.